

# La educación por el folletín: prácticas de lectura y escritura en la prensa latinoamericana del siglo XIX

Por *Hernán PAS\**

**E**N UN CONOCIDO ARTÍCULO publicado en *El Progreso* a mediados de 1845, Domingo Faustino Sarmiento se jactaba de haber introducido en la prensa chilena la ecléctica plataforma de los folletines extranjeros. El folletín, decía el autor del *Facundo* en un pasaje singularmente provocador, “se deslizaba cual oculto veneno, encapotado bajo el título indiferente de *variedades*, como los jesuitas se introducen en todos los países de donde han sido expulsados, bajo el nombre de padres del Sagrado Corazón”. Y más adelante, en tono burlón, agregaba: “¡Almas inocentes [los lectores] que no veían el veneno con que se iba a corromper la moral pública!”.<sup>1</sup>

El comentario era especialmente provocador pues estaba destinado a los redactores —tanto como a los eventuales lectores— de *La Revista Católica*, órgano oficial de la Iglesia católica en Chile en donde las producciones folletinescas eran, previsiblemente, condenadas por inmorales, impropias y corruptoras de las buenas costumbres. Tal postura se aliaba, paradójicamente, con aquella otra de índole republicana e ilustrada que al calor del proceso revolucionario abogaba por la formación ciudadana y procuraba, por ende, el diseño de una biblioteca conveniente, esto es, un tipo de lectura acorde con lo que se esperaba de esa nueva subjetividad republicana.

Medio siglo después, no obstante, la indignación del crítico argentino Paul Groussac frente al fenómeno de los folletines resulta comparablemente elocuente. El por entonces director de la Biblioteca Nacional constataba que el “lucro sórdido” instalado por Émile Zola con obras como *Nana* seguía ejerciendo una condenable corrosión a las normas del buen gusto. Con la afectada seriedad

---

\* Docente en el Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales, Universidad Nacional de La Plata, e investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Argentina; e-mail: <hernan\_pas@yahoo.com>.

<sup>1</sup> Domingo Faustino Sarmiento, “Nuestro pecado, los folletines”, *El Progreso* (Santiago de Chile), 30-VIII-1845. El artículo apareció poco antes de que Sarmiento dejara la redacción del periódico y partiera en viaje hacia Europa.

de un ferviente custodio de las buenas costumbres, propia del más cortesano de los críticos de cenáculo, el director de *La Biblioteca* —así se llamaba la publicación oficial de la institución— no cejaba en su actitud admonitoria:

Todos los diarios de Buenos Aires penetran en nuestros hogares; quedan en las mesas, pasan de mano en mano, de las más delicadas a las más venerables [...] tenemos el deber de calificar lo que, hace un mes, circula libremente en nuestras casas, como “triunfo periodístico” de *La Nación*: es un manual completo de corrupción y significa un verdadero ultraje al pudor doméstico.<sup>2</sup>

Por cierto, hay razones de orden contextual —además de las biográficas— que ayudan a explicar esa deriva del inicial empeño ácrata de las élites criollas por ampliar el espectro de lectura —representado con la jactancia de Sarmiento— hacia el vituperio constante a la extenuación de los límites del círculo letrado, que publicaciones “populares” como las folletinescas no hacían más que profundizar. Pero ocurre que la percepción del folletín como un producto indigno y un obstáculo para la consecución de obras literarias de relativa calidad no es, estrictamente, un fenómeno finisecular. Tampoco es, como suele pensarse, producto de una visión necesariamente conservadora e intransigente, visión que podrían compartir figuras tan disímiles, digamos, como Paul Groussac y Rafael Valdivieso, arzobispo de Santiago y fundador en 1843 de *La Revista Católica*, con la que discutía especialmente Sarmiento en aquel descargo jocoserio de *El Progreso*.

Ya a principios de la década del cuarenta, la creciente reproducción de folletines extranjeros en la prensa criolla era observada —a pesar de la benevolencia propagandística expresada por Sarmiento y otros— con juicio prevenido, y para mitad de la década siguiente en algunas regiones como el Río de la Plata, Chile, Brasil o Venezuela la discusión sobre esa producción se había vuelto moneda corriente.<sup>3</sup>

<sup>2</sup> Paul Groussac, “La educación por el folletín”, *La Biblioteca* (Buenos Aires), año II, tomo VI (1897), pp. 315-316.

<sup>3</sup> En Chile, a mediados de la década de 1840, periódicos como *El Progreso*, *La Gaceta de Comercio*, *El Crepúsculo* y más tarde *El Siglo*, dieron cabida entre sus páginas a los autores más conocidos del mercado editorial francés (entre ellos, Eugène Sue, Alexandre Dumas, Augustin Eugène Scribe, Victor Hugo y Honoré de Balzac). En el caso de Brasil, Marlyse Meyer ha estudiado de manera pormenorizada el temprano ingreso y la recepción de los folletines románticos en la cultura local, cf. *Folhetim: uma história*, São Paulo, Companhia das Letras, 1996. Sobre el caso de Venezuela, véase el reciente análisis de Paulette Silva Beauregard, *Las tramas de los lectores: estrategias de la modernización cultural en Venezuela (siglo XIX)*, Caracas, Fundación para la Cultura Urbana, 2007.

En 1841, por ejemplo, un anónimo publicado en *El Nacional* de Montevideo bajo el título de “Novelitas francesas” daba cuenta de esa discusión frente a la circulación y lectura de los folletines románticos franceses en los términos que siguen:

No hay que buscar en esta lectura ni filosofía, ni objeto. Todo el interés consiste en acumular hechos sobre hechos. Eulalia v.g. joven lindísima (y esto es muy esencial) va a las Tullerías en busca de su hermosa amiga Clarisa; encuentra allí un hombre de ojos verdes y de seis pies de estatura: Eulalia, sin tener la más mínima idea del amor, queda perdidamente enamorada, y a pesar de que la muchacha tiene virtud y educación, sin embargo se deja seducir, porque el hombre de *los seis pies y de los ojos verdes* a quien había tenido por un paladín es un monstruo tamaño. ¿Qué hace Eulalia? Va y se echa a llorar; pero con su educación y virtud vuelve al cabo de algunas semanas en busca de nuevas aventuras y de nuevos monstruos que le hacen reír y rabiar alternativamente. Tal es la novela de Alejandro Dumas, y en ella una situación hace olvidar a otra antes [de] que la primera haya causado impresión alguna. Al paso que en las de Jorge Sand y de Balzac el lector saltará fastidiado veinte hojas de cada situación para haber de llegar a la peripecia [*sic*].

Y continuaba:

Todos estos escritores pretenden además tener un estilo elegante; pero ¿sobre qué estriban sus pretensiones? En general le vemos duro y afectado. En una página la nube *cierne los rayos del sol* o de la Luna, las *cariátides* “salpican de sus pechos hilos de agua perfumada que cae en el estanque y empaña el cristalino espejo con sus vaporosas gotas”, o bien “los ojos de la heroína sepultados en sus órbitas quedarán como suspensos en el globo de lágrimas”; de forma que para comprender el lector esta jerigonza debe ser a la vez panadero, jardinero y oculista [...] Pero si esto decimos en cuanto a la forma, ¿qué no podrá decirse en cuanto al fondo de todas estas obras? Sangre y cadalsos por doquier; crímenes espantosos justificados o convertidos en objeto de burla; la seducción, la violencia, el adulterio, el incesto; tales son los materiales en que fundan el éxito de sus obras aquellos autores.<sup>4</sup>

Cabe advertir, no obstante, que la anonimia en este caso no responde a estrategia autoral de algún publicista rioplatense sino antes bien a la tan generalizada práctica del plagio que, como veremos en este trabajo, imperaba en el mundo de la prensa. En efecto, el artículo en cuestión está tomado de la sección dedicada a la crítica litera-

<sup>4</sup> “Variedades. Novelitas francesas”, *El Nacional* (Montevideo), núm. 716, 1841.

ria del *Semanario Pintoresco Español*, redactado por el conocido escritor costumbrista Ramón de Mesonero Romanos.<sup>5</sup> La marcada orientación tradicionalista y conservadora de esta publicación española no debería hacernos creer, a pesar de ello, que estamos ante la presencia de una crítica meramente ideológica —en este caso, la de la preceptiva clásica que prevalece en su plataforma editorial—, de la cual el periódico montevideano ejercería un usufructo circunstancial e interesado. Se trata más bien de una discusión mayor, la cual, al calor de la progresiva laicización y democratización del orbe letrado que impuso la imprenta, refiere en especial a los productos de la prensa periódica, y muy en particular al folletín, o novela por entregas —*roman-feuilleton*—, género por antonomasia representativo de los (supuestos) “peligros” generados por dicha expansión a mediados del siglo XIX.

En el campo letrado europeo el surgimiento del género vino acompañado de un parteaguas que no hacía más que profundizar —y en ese sentido esclarecer— los debates en torno a la propiedad literaria insinuados en la centuria previa.<sup>6</sup> En especial, la emergencia de la literatura folletinesca tuvo una ardua discusión en el circuito letrado parisino, en donde en 1836, de la mano del publicista Émile de Girardin y la fundación de *La Presse*, el género adquirió aquellas características que lo definirían formal y estructuralmente. Esto no ocurrirá, sin embargo, hasta bien entrado el año 1838.<sup>7</sup> Notablemente, apenas un año después, el crítico Charles Augustin Sainte-Beuve ya escribía su célebre ensayo “De la littérature industrielle”, aparecido en la *Revue des Deux Mondes*, en

<sup>5</sup> Cf. Ramón de Mesonero Romanos, *Semanario Pintoresco Español*, tomo II, segunda serie, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 1840, pp. 261-263.

<sup>6</sup> Cf. Edward Young, *Conjectures on original composition* (1759). La discusión se remonta a los inicios de la expansión de la imprenta, pero tiene un momento clave a mediados del siglo XVIII, cuando el incremento de la industria editorial, favorecido por el desarrollo de la prensa, las discusiones públicas y la piratería, expandió y reconfiguró el mercado del impreso. Sobre este punto véase, de mi autoría, “La irrupción de la prensa”, en *Sarmiento, redactor y publicista: con textos recobrados de El Progreso (1842-1845) y La Crónica (1849-1850)*, Santa Fe, UNL, 2013, pp. 13-45.

<sup>7</sup> Si bien tanto *La Presse*, de Émile de Girardin, como *Le Siècle*, de su antiguo socio Armand Dutacq, brindaron un lugar preponderante a la sección “Feuilleton”, lo cierto es que sólo a fines de 1837 y comienzos del año siguiente pueden avizorarse relatos que responden a las principales características del *roman-feuilleton*. Por ejemplo, en diciembre de 1837 en *Le Siècle*, se encuentra un texto con la célebre leyenda “continuará” (*Demain la suite*), cf. Alphonse Royer, “Una vie orageuse”, *Le Siècle* (París), núm. 361, 31-XII-1837. El primer folletín en sentido estricto aparecido en la prensa de París es la novelita *Le capitaine Paul*, de Alexandre Dumas, publicada entre el 30 de mayo y el 23 de junio de 1838 en el mismo periódico de Dutacq.

donde, entre otras cosas, ponía de relieve el imperio de la propiedad literaria entre los nuevos escritores que habían relevado a aquellos que, después de la Revolución de 1830, habían abandonado las letras para pasarse a la diplomacia y a la política, las condiciones económicas y culturales de lo que denominaba “l’invasion de la démocratie littéraire”, tanto como los efectos negativos de la emergencia de la llamada “prensa a 40 francos” —como *La Presse* y *Le Siècle*—, en cuyas páginas se daba prioridad a las letras de cambio antes que a la crítica y al intercambio literarios. En todo caso, hay que decir que, a pesar de su postura negativa ante el fenómeno de la “masificación” letrada, la de Sainte-Beuve es una de las primeras —si no la primera— aproximaciones críticas al folletín, por lo que vale la pena retener muchos de sus datos y observaciones históricas. Así, por ejemplo, aquellas referidas al estilo: “Les journaux s’élargissant, les feuilletons se distendant indéfiniment, l’élasticité des phrases a dû prêter, et l’on a redoublé de vains mots, de descriptions oiseuses, d’épithètes redondantes: le style s’est étiré dans tous ses fils comme les étoffes trop tendues”.<sup>8</sup> Al mismo tiempo, no dejan de ser sugerentes algunos datos históricos que aporta en su afán de demostrar el fenómeno de “invasión” de esa literatura industrial, por ejemplo cuando relata las quejas de los lectores asociados a los gabinetes de lectura parisinos que veían trocada su selecta biblioteca por folletines novelescos recortados de los periódicos, práctica que buscaba abaratar los costos de la compra de materiales de lectura.<sup>9</sup>

En estas primeras críticas es notable la imbricación o amalgama de aquellos rasgos que definirían al género con las características propias de la prensa periódica en tanto empresa editorial. Es decir, el topónimo “literatura industrial” abarca tanto al folletín como al soporte en el que éste se inserta, por más que los dardos —en el caso particular de Sainte-Beuve y otros en esa línea— estén dirigidos a la llamada “prensa [de] a 40 francos”. A pesar de las divergencias institucionales y editoriales, en este punto, las discusiones de la élite letrada sudamericana tienen como sustrato

<sup>8</sup> Charles A. Sainte-Beuve, “De la littérature industrielle”, *Revue des Deux Mondes* (París), cuarta serie, tomo XIX (1 de julio de 1839), p. 685.

<sup>9</sup> Escribe Sainte-Beuve: “Les cabinets de lecture achètent à peine. On a vu dernièrement un auteur réclamer tout haut contre l’usage de quelques-uns de ces cabinets qui, pour ne pas se ruiner en doubles achats, découpent dans les journaux et font relier les romans qui paraissent en feuilletons: l’auteur dénonçait avec indignation cette mesure économique: c’est heureux qu’il n’en ait pas déferé au procureur du roi”, *ibid.*, p. 684.

la misma base ideológica. Por lo cual, conviene revisar algunos lugares comunes de la bibliografía crítica dedicada al tema, en particular aquel que señala una clara diferencia en el modo en que se inserta la producción literaria en los diarios de la época. Esa revisión, entonces, debería ponderar prácticas de lectura y escritura en estrecho vínculo con el formato y soporte materiales en los que éstas se realizan, así como atender a diversos aspectos colindantes entre los que cabe mencionar la difusa autoría, la imagen de un público relativamente expandido o “popular” —sobre las comillas de la adjetivación *popular* volveremos más adelante—, las antiguas concepciones ilustradas y patriarcales alrededor de la instrucción, la relación autor/lector y el mecanismo publicitario y editorial como fenómeno especialmente emergente en el contexto de producción letrada del siglo XIX.

*Literatura periódica: anonimización/  
“mundialización” literaria*

COMO un modo de bosquejar algunas hipótesis sobre el tema, propongo repasar algunos de esos elementos en la prensa sudamericana. Para empezar, voy a recurrir a uno de los periódicos más antiguos y de mayor continuidad de Latinoamérica: el *Jornal do Commercio*, de Río de Janeiro, fundado en 1827 por el francés Pierre Plancher.

Desde su inicio, el *Jornal do Commercio* se publicó diariamente en un pliego a cuatro columnas, y hacia fines de la década de 1830 ya guardaba en sus primeras dos páginas un espacio —el inferior, como corresponde— para el folletín. De la sección del folletín me interesa poner en discusión dos citas. Ambas pertenecen al año 1839, a los meses de febrero y julio respectivamente. La primera es una breve nota al pie que acompañaba al folletín “A filha do negociante”, relato que ocupó varias entregas, desde el número 21 del 1º de febrero, hasta el número 38 del 15 del mismo mes. Comienza así:

Damo-nos por felizes em oferecer nos nossos leitores a tradução deste admirável quadro da vida domestica dos ingleses, que por toda a Europa tem sido acolhido com igual atenção: em Madrid como em Francia, em Francia como em Inglaterra, as mesmas lágrimas, o mesmo interesse tem ele excitado. A verdade a mais exata, o pathetico o mais profundo, todo o romance da vida privada com uma dolorosa realidade, eis o que nele acharão.<sup>10</sup>

<sup>10</sup> *Jornal do Commercio* (Río de Janeiro), núm. 21, 1-II-1839, p. 1.

Como se puede colegir, la idea de un mismo interés, un mismo sentimiento o, más específicamente, de una misma subjetividad lectora —“mismas lágrimas”, como se dice allí— responde a una lógica globalizadora de la producción y del consumo literarios, o, para ponerlo en términos de la época, mundialista —en el sentido vislumbrado por Goethe algunos años antes con su idea de *Weltliteratur*. Ahora bien, la idea misma de “literatura mundial”, antes que al formato libro, parece haber respondido —el fragmento citado funciona como demostración empírica, durante un periodo clave de ese proceso: el que va de 1789 a un siglo después, aproximadamente— a la emergencia, consolidación y dominio público del impreso periódico. La mayoría de las historias de la edición y del libro enfatiza que mientras en el siglo XVIII el libro gana terreno, el XIX es *el* siglo del periódico,<sup>11</sup> por lo que debería admitirse, en principio, que la producción, circulación y consumo de la literatura —y aun de la poesía— estuvieron tan diversa como decisivamente marcados por los ritmos del impreso periódico. Este aspecto suele desatenderse o subestimarse en los estudios literarios dedicados al XIX, más tendientes, salvo excepciones, al relevamiento de redes simbólicas o al análisis de trayectorias autorales. No obstante, habría que recordar que esas redes simbólicas están en buena medida determinadas por la materialidad de su proyección y consumo. En este sentido, Márcia Abreu ha podido corroborar que “sólo tuvieron importancia numérica en Río de Janeiro las obras de los autores traducidos al portugués —Sue y Dumas—, lo que demuestra la relevancia de la edición brasileña y portuguesa para la difusión mundial de las novelas”.<sup>12</sup> A la precisa observación de Abreu habría que añadir el hecho de que tal edición, al menos durante la primera mitad del siglo, para el caso brasileño —y sudamericano en general—, estuvo sostenida y pautaada por los talleres tipográficos de las imprentas periódicas que funcionaron durante mucho tiempo como únicos emporios de edición —de allí que, no casualmente, sean Sue y Dumas las firmas destacadas por la investigadora brasileña. Veamos, en consecuencia, el modo en que

<sup>11</sup> Cf. Jean Sgard, “La multiplication des périodiques”, en Roger Chartier y Henri-Jean Martin, dirs., *Histoire de l'édition française*, II. *Le livre triomphant, 1660-1830*, Paris, Fayard/Promodis, 1990, pp. 246-255. Martin escribe, categórico: “The eighteenth century had been the age of the book; the nineteenth was the age of the newspaper”, cf. Henri-Jean Martin, *The history and power of writing* (1988), Lydia G. Cochrane, trad. del francés, Chicago, The University of Chicago Press, 1994, p. 414.

<sup>12</sup> Márcia Abreu, “El gusto de los lectores: la recepción de novelas como problema para la historia literaria (Río de Janeiro, primera mitad del siglo XIX)”, *Orbis Tertius* (UNLP), vol. XVII, núm. 18 (2012).



esas firmas (y otras) circulan y son apropiadas por el sistema de la prensa, a fin de repasar una instancia tan problemática para la época como el régimen de la autoría.

El otro folletín, titulado *O Pontífice e os Carbonários*, publicado durante seis entregas, comenzaba con el siguiente párrafo:

Não compozemos, não traduzimos, nem abreviámos hum romance, e todavia compozemos, traduzimos e abreviámos hum romance; queremos dizer, o fundo da presente composição não é nosso, e muitas de suas paginas são litteralmente traduzidas, porém algumas idéas são nossas. Mas que importa ao publico quem he o autor da obra? O que elle quer, quando lê hum romance, é que o deleitem, e se de mistura puder beber alguma instrução, ele estimará em mais a obra de que se soubesse que tinha sahido da mais preciosa penna, mas que apesar disso nem o deleitava nem o instruía.<sup>13</sup>

De esta cita quiero destacar lo obvio: su autor, a la vez que hace explícita la precariedad institucional que portaba por entonces la figura autoral, pone en escena el mecanismo de la traducción, o *apropiación* para ser más precisos, que tiene que ver más con el refrito que con la traslación fidedigna de un presunto original. Lo curioso es que lo hace en el mismo espacio del folletín, sin solución de continuidad entre ese comentario autorreferente y la trama propiamente dicha del relato.<sup>14</sup> En esta suerte de cooperativa literaria —las páginas del folletín son literalmente traducidas, aunque algunas ideas pertenecen al traductor— no se sabe muy bien quién es el autor, ni cuál el original.

Por tanto, lo que exhibe en ese párrafo el redactor del *Jornal do Commercio* es una de las modalidades propias del mercado editorial de la época, la del plagio, el “saqueo” o la piratería —archicomún sobre todo en el mundo de la prensa, basta recordar el desparpajo con que Sarmiento lo anunciaba en la presentación de su periódico *El Progreso*—,<sup>15</sup> a tal punto que el supuesto lector podría ahora

<sup>13</sup> *Jornal do Commercio* (Río de Janeiro), núm. 171, 31-VII-1839, p. 1.

<sup>14</sup> En efecto, a renglón seguido, el párrafo siguiente comenzaba así: “Era alta noite, e pelo valle D’Ardea caminhavão dous homens. O mais profundo silencio reinava entre elles”, *ibid.*

<sup>15</sup> “Y cuando todo esto falte, ocurriremos a los folletines que embellecen las páginas de los diarios franceses y españoles de más nombradía; pudiendo sin jactancia decir desde ahora que en esta parte nuestro diario aventajará a los más afamados de Europa y América, por la razón muy obvia de que siendo uno de los últimos periódicos del mundo, tendremos a nuestra disposición y para escoger como en peras, lo que han publicado todos los demás diarios”, Sarmiento, sección “Folletín”, *El Progreso* (Santiago de Chile), núm. 1 (10-XI-1842). Hay que recordar que el primer periódico de Émile de Girardin se



preguntarse —después de haber leído esta última cita— si el otro folletín, *A filha do negociante*, es en verdad una traducción u otra “escritura colectiva”, a cuatro manos. Podría preguntarse incluso si el folletín *Paulina*, de *Alejandro Dumas*, que se publicó en ese mismo periódico apenas unos meses antes, entre mediados de abril y mediados de mayo de ese mismo año, pertenece realmente al escritor francés. Y podría preguntárselo, sin lugar a dudas, porque el trabajo de traducción, compelido entonces por el inusual éxito de algunos folletines, se combinaba frecuentemente con el de redacción, e incluso con el de la abierta intervención.<sup>16</sup>

En efecto: aprovechando el gran suceso de ventas generado por la publicación de *O Conde de Monte Cristo* —traducción debida a José da Rocha—, otro periódico carioca, el *Diário do Rio de Janeiro*, resolvió continuar, por su cuenta, las aventuras de Edmundo Dantés. El *Diário* comenzó entonces a publicar un folletín titulado *A mão do finado*, aclarando solamente que se trataba de la continuación de *O Conde de Monte Cristo*. Con esa vaga indicación, el público habría creído que estaba efectivamente ante un texto fiel de Dumas y el falso folletín, al parecer, obtuvo su relativo éxito. En todo caso sería mejor pensar que, como decía el redactor/traductor del *Jornal do Commercio*, el público lector lo que quería era sumergirse en una novela, sin preocuparse demasiado por la fidelidad de su origen. Pero la cosa no termina ahí. El verdadero nombre del autor, Alfredo Possolo Hogan, un publicista portugués radicado en Brasil, no fue revelado hasta mucho tiempo después, cuando se hizo efectiva la circunstancia de la autoría ficticia. La situación de plagio fue tal que poco después, en octubre de 1853, el mismísimo Alexandre Dumas —alertado tal vez por algún miembro de la colonia francesa en Río de Janeiro— escribió una carta dirigida al *Jornal do Commercio* protestando por el uso indebido de su firma. No hubo caso. La carta, publicada en enero de 1854, no obtuvo respuesta y el folletín siguió su curso. El sumun de

---

llamó, debido a esa práctica, *El Ladrón*: “He and a friend decided to start a periodical, but since they lacked capital, the weekly was entitled *Le Voleur* (*The Thief*) and it reprinted the best articles that had appeared elsewhere during the week, saving editorial costs. The operation earned Girardin a duel and a scratch on the shoulder, but it also brought its founders 50,000 francs a year”, Martin, *The history and power of writing* [n. 11], p. 421.

<sup>16</sup> Intervención que iba desde el registro autoral, pasando por diversos grados de meta-redacción, hasta los cambios concretos en el material narrativo. En el caso del *Jornal do Commercio*, la mayoría de los folletines aparece firmada con iniciales de probables nombres (“J.C.M.”, o “P.B.”), que son las iniciales de los traductores y que también firman, en consecuencia, como (posibles) autores.

este mecanismo propio de lo que Sainte-Beuve llamó “literatura industrial” fue que este falso folletín terminara imprimiéndose en Portugal en formato libro y fuera traducido al francés hasta llegar a integrar las *Obras completas* de Dumas.<sup>17</sup>

Estamos, indudablemente, ante la producción de literatura para el pueblo, de un consumo “popular” de progresiva expansión, que interfiere o entra en colisión con los modos de producción y consumo de las élites letradas, y en el que resulta particularmente relevante, entre otras cosas, el proceso de “anonimización” de las obras.<sup>18</sup> El peso mayor del título sobre el autor —algo fácilmente verificable en el terreno literario del siglo XIX— responde en buena medida a esa paulatina expansión —y comercialización— de los hábitos y gustos lectores que el folletín, como formato privilegiado, y el periódico, como soporte material inextricable, promueven de manera incomparable. Por lo tanto, las prácticas de lectura y escritura de la época debieran ser con ellos contrastadas si no queremos caer en postulaciones abstractas y deshistorizantes respecto de la formación de un público o públicos lectores. Pensar en la lectura y en la escritura periódicas debiera, en consecuencia, llevarnos a reconsiderar interpretaciones canónicas, puesto que el formato novela-folletín (*roman-feuilleton*), junto tal vez con la litografía, fue una de las innovaciones técnicas que a mediados del siglo XIX transformaron profundamente los modos de percibir y de leer, y en buena medida también los modos de pensar y de producir literatura.<sup>19</sup>

---

<sup>17</sup> Véase Ubiratan Machado, *A vida literária no Brasil durante o romantismo*, Río de Janeiro, EDUERJ, 2001, p. 44. Véase también Ilana Heineberg, *Formation du roman-feuilleton brésilien à partir des quotidiens* Jornal do Commercio, Diário do Rio de Janeiro et Correio Mercantil (1839-1870), París, Université de la Sorbonne Nouvelle-Paris III, 2004, tesis doctoral, en DE: <[http://www.caminhosdoromance.iel.unicamp.br/estudos/teses/pdfs/ilana\\_these.pdf](http://www.caminhosdoromance.iel.unicamp.br/estudos/teses/pdfs/ilana_these.pdf)>.

<sup>18</sup> Jean-François Botrel, “Narrativa y lecturas del pueblo en la España del siglo XIX”, *Cuadernos Hispanoamericanos* (AEI), núm. 516 (junio de 1993), pp. 69-91.

<sup>19</sup> Siguiendo de cerca los postulados de Michel Foucault, Jonathan Crary sostiene que en el siglo XIX se produce una reorganización visual del observador con anterioridad a la aparición de la fotografía, en cuyo proceso la técnica litográfica desempeña una función preponderante, cf. Jonathan Crary, *Las técnicas del observador: visión y modernidad en el siglo XIX* (1990), Murcia, Cendeac, 2008 (Col. *Ad Literam*, núm. 4).

## Varia y lectura

[El *fait-divers*] es una información monstruosa, análoga a todos los hechos excepcionales o insignificantes, es decir anómicos, que suelen clasificarse púdicamente bajo el epígrafe de los Varia, como el ornitorrinco, que dio tantos quebraderos de cabeza al pobre Linneo.

Roland Barthes, “Estructura del ‘suceso’”.

LAS dos citas del *Jornal do Commercio* que hemos analizado ofrecen una suerte de pasmoso anecdotario de las condiciones de redacción periódica hacia mediados del siglo XIX, y en particular de la producción folletinesca cuando el folletín era por entonces un formato que recién comenzaba a definirse. En ambos fragmentos hay elementos concentrados que nos permitirían, si contáramos con espacio suficiente, remontar una historia de las relaciones entre prensa y literatura desde su primera imbricación constitutiva hacia comienzos del siglo XVIII.<sup>20</sup>

Uno de los aspectos distintos y definitorios de la imbricación del soporte material con el género proviene precisamente de la historia de sus relaciones. Como se sabe, el género estipulado con *La Presse* de Girardin tuvo su mayor antecedente en una sección particular del periódico: la sección “Variedades” o “Miscelánea”. Antes de *Le capitaine Paul*, de Alexandre Dumas, para marcar un hito en esa historia, el cúmulo de literatura ligera o amena, las noticias o informaciones sobre adelantos tecnológicos, descubrimientos científicos, curiosidades, crítica teatral y revistas noticiosas encontraban su espacio publicitario en la sección “Variedades” (*varietés*, *mélanges*, *feuilleton*, son términos que plagaban los márgenes de la prensa francesa en aquel entonces). Como ha propuesto Roland Barthes, la característica estructural de esa sección periodística es su condición *monstruosa*, en el sentido de lo excepcional y a la vez inmanente, notablemente diverso y distinto al mundo del lector.<sup>21</sup>

<sup>20</sup> Al respecto, véase Ian Watt, *The rise of the novel: studies in Defoe, Richardson and Fielding* (1957), Londres, Penguin Books Ltd., 1968. Sobre este trabajo pionero volveremos más adelante.

<sup>21</sup> La categoría *fait-divers* (más asimilable a la idea de información general) ha sido traducida al castellano como *suceso*, cf. Roland Barthes, “Estructura del ‘suceso’” (1962), en *id.*, *Ensayos críticos*, Buenos Aires, Seix Barral, 2003, pp. 259-272.

De allí que esa sección retroalimentara la suscripción del periódico apelando a la curiosidad, la distracción, al momento de recreo o de solaz del virtual lector. Como apunta Víctor Goldgel en uno de los pocos trabajos específicos sobre el tema:

La importancia de las Variedades tal vez no sólo residiera en que los textos eran heterogéneos entre sí, sino en que eran heterogéneos con respecto a la vida de los lectores. En ese sentido, estos textos eran hasta cierto punto ajenos a los “intereses” de aquéllos; si se los leía, era justamente para distender los límites del propio interés —para renovarlo o, simplemente, para distraerse.<sup>22</sup>

La renovación del interés lector, por cierto, es una de las caras de esta moneda de intercambio. El mismo trabajo de Goldgel permite entrever la posibilidad de una incidencia material en la formación o protoformación de un género, al mismo tiempo que demuestra que tal heterogeneidad respondía también a la necesidad por parte de los redactores de captar ese interés del público lector.<sup>23</sup> Ese interés también tiene su historia. Para lo que aquí nos interesa, resulta fundamental el pasaje del “antiguo régimen tipográfico”<sup>24</sup> a una instancia democratizadora del saber letrado, fenómeno que, para el caso de Hispanoamérica, coincide con la ley de libertad de imprenta discutida y aprobada en las célebres Cortes de Cádiz en noviembre de 1810. Este suceso histórico determina sin duda la formación de un nuevo público lector “no porque sea definitivamente distinto o más vasto que el colonial, sino porque negocia otra articulación con la literatura a la que exige condiciones hasta entonces inéditas”.<sup>25</sup>

---

<sup>22</sup> Víctor Goldgel Carballo, “Caleidoscopios del saber: el deseo de variedad en las letras latinoamericanas del siglo XIX”, *Estudios. Revista de Investigaciones Literarias y Culturales* (Caracas, Universidad Simón Bolívar), vol. 18, núm. 36 (julio-diciembre de 2010), p. 279. Será en la sección de las *Variétés* (colocada en la tercera página del cuerpo central del periódico) donde se publique el primer relato seriado conocido de Balzac, *La vieille fille*, y no en el espacio inferior del *feuilleton*.

<sup>23</sup> Goldgel cita muy oportunamente un texto de *El Mensajero Argentino*: “así por precaver en lo posible estos inconvenientes, como por complacer a algunos lectores que no quieren se les abisme del todo en la política, se ha inventado el artículo denominado *variedades*, especie de mosaico en que se retacean párrafos de todas dimensiones [...] cosillas, que no serán de la importancia de la batalla de Waterloo, por ejemplo, pero que quizá puedan ser de algún provecho (Nro. 46, 6-6-26, 4)”, *ibid.*, p. 277. Véase, del mismo autor, *Cuando lo nuevo conquistó América: prensa, moda y literatura en el siglo XIX*, Buenos Aires, Sigo XXI, 2013.

<sup>24</sup> Roger Chartier, *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*, Madrid, Alianza, 1994.

<sup>25</sup> Antonio Cornejo Polar, “La literatura hispanoamericana del siglo XIX: continuidad y ruptura (hipótesis a partir del caso andino)”, en Beatriz González-Stephan, Gabriel

Acompañando a noticias políticas y arengas partisanas, en la prensa sudamericana posterior a la Revolución pueden encontrarse recurrentes momentos de reflexión sobre ese otro campo abierto por la caída de la censura, el de la llamada “amena literatura”. Así, por ejemplo, en el periódico *El Curioso*, publicado en Buenos Aires en 1821, se pone en escena un acto de lectura, en forma de diálogo versificado, en el que una niña aparece leyendo ciertos “secretitos de hermosura” mientras su madre la reconviene para que se incline a tareas conformes a su edad, pero sobre todo a su género:

Vieja: Deja muchacha ese papel: no quiero  
que leas esas cosas. Vete al punto  
al aposento y toma el costurero.

Niña: Pero mi madre ¿acaso (yo pregunto)  
de lo que aquí he leído hay diferencia  
a lo que se nos dice todo el día?  
[...]

Niña: Yo a esto leo con gusto, y me contento  
[...] en los triunfos que obtiene la belleza:  
lo demás no me importa  
[...]  
De mi solo interés y cuidado  
son ciertos secretitos de hermosura  
que el Curioso galán nos ha apuntado.<sup>26</sup>

Este diálogo ejemplifica la convivencia de dos órdenes culturales superpuestos: por un lado, la circulación del periódico —que se llama, además, “científico-literario”— indica una nueva práctica de lectura, accesible y cotidiana, al alcance de la mano de una “niña”; por el otro, la “vieja” comadrona reproduce la visión patriarcal heredada de la Colonia: la niña no debe leer (y menos un periódico) sino “tomar el costurero”. La escena es interesante además en términos genéricos. Muestra, al identificar a la niña con la sección de misceláneas del impreso, la diversificación de los objetos de lectura así como la propia naturaleza diversificada del registro periodístico. El título mismo y la autorreferencia al universo de las curiosidades nos están indicando la confluencia de nuevas prácticas

---

Lasarte, Graciela Montaldo y María Julia Daroqui, comps., *Esplendores y miserias del siglo XIX: cultura y sociedad en América Latina*, Caracas, Monte Ávila, 1995, p. 13.

<sup>26</sup> *El Curioso* (Buenos Aires), núm. 3 (1821).

y condiciones de lectura. Por lo demás, como se han encargado de demostrar los estudios que indagaron en esa confluencia genérica (Francine Masiello, Susana Zanetti, Juan Poblete, Paulette Silva Beauregard, Graciela Batticuore, entre otros), la figura de la mujer lectora concentra la imagen de los nuevos sectores e intereses que ingresan en el circuito del impreso.<sup>27</sup>

A esas nuevas prácticas y condiciones de consumo letrado apuntaría señeramente Domingo Faustino Sarmiento desde las páginas de *El Progreso*, el primer diario de Santiago de Chile, fundado en noviembre de 1842. Me he referido largamente a las estrategias publicitarias empleadas por Sarmiento en otro trabajo, por lo que me eximo de volver a insistir aquí sobre ello;<sup>28</sup> no obstante, quisiera detenerme brevemente en un análisis descriptivo del material publicado en la sección del folletín del periódico chileno, con la intención de apuntar algunos datos referidos a los intereses del público lector de la época.

Entre el 10 de noviembre de 1842, cuando comienza a salir el diario, y el 10 de octubre de 1845, cuando Sarmiento deja la redacción para encarar su viaje europeo, se publican en *El Progreso* (obviando los dedicados a la crítica teatral) alrededor de ochenta y siete folletines. De ellos, veinticuatro se publicaron de forma anónima, y nueve aparecieron firmados con pseudónimos o sólo con iniciales. Por lo tanto, aproximadamente una tercera parte de esos folletines responden a lo que Jean-François Botrel llamó “anonimización” letrada.<sup>29</sup> Al mismo tiempo, *El Progreso* publicó folletines de firmas célebres como las de George Sand (pseudónimo de Amandine Aurore Lucile Dupin), Victor Hugo, Alexandre Dumas (de quien se publicaron en total siete folletines, incluyendo *Los tres mosqueteros*, cuya traducción comenzó a aparecer el 15

<sup>27</sup> Llamativamente, fueron los escritores formados bajo la nueva sensibilidad romántica los que intentarían transformar las funciones adjudicadas a ese tipo de lectura: no ya el interés de “ciertos secretitos de hermosura” —mediante el cual la niña justificaba su osadía—, sino temas útiles, moralmente sazonados, será lo que se espera que el público lector femenino haga suyos. A ese mismo público —que solía confundirse con “la masa”, el pueblo o la plebe— se lo conminaba a salir de la “ociosidad mental” mediante lecturas convenientemente alejadas del “placer de los sentidos”, extendiendo así la larga impronta pedagógico-ilustrada del periodo revolucionario.

<sup>28</sup> Véase mi *Sarmiento, redactor y publicista* [n. 6].

<sup>29</sup> Entre ellos deben contarse las cartas ficticias que publicó Sarmiento asumiendo la máscara de dos mujeres llamadas Rosa y Emilia (“Al oído de las lectoras”), así como los tempranos artículos de costumbres ilustrados con sendas litografías (dato que la bibliografía suele pasar por alto) titulados “Fisiología del paquete” y “Chanfaina”, cf. *ibid.*, pp. 49-79.

de octubre de 1845), Honoré de Balzac y Charles Dickens, pero también aparecieron otras tantas firmas que hoy nos resultan poco conocidas o directamente extrañas como las de Héloïse de Baren, Máxima de Revel, Luis Berger, Felice Romani, Henry Berthoud, Hippolyte Etiennez, Marc Fournier, Eduardo Plouvier, Eduardo Ourliac, Carlos Creus, Lady Blessington, J. A. David, Madame Charles Reibaud, Louis Viardot, Francis Wey, Leon Gozlan, Emilio Saladim, Augusto Malquet, Edward Bulwer-Lytton, Paulin Limayrac. Por cierto, ante el vago patrón de autoría de la época no deja de ser fundada la sospecha de que algunos de estos nombres, a más de ser estratégicos pseudónimos, fueran también inventados por los propios redactores-traductores del periódico. En todo caso, el muestreo pone de relieve un circuito de producción letrada poco o nada frecuentado por la crítica académica, al mismo tiempo que deja percibir la circunstancia nada azarosa de que varios de esos nombres estén asociados al mundo de la prensa. Así, por ejemplo, Paulin Limayrac, publicista francés que comenzó su carrera escribiendo en la *Revue des Deux Mondes*, pasó luego a encabezar la redacción literaria nada menos que de *La Presse* de Girardin, hasta llegar a ser el redactor principal de *Le Constitutionnel*. También aparecen, notablemente, algunos escritores que conformaron lo que hoy llamaríamos el *staff* de la redacción folletinesca de *Le Siècle*: J. A. David, Leon Gozlan, Louis Viardot.<sup>30</sup>

Estos datos indican dos aspectos sobre los que vale la pena insistir: por un lado, la preeminencia de autores mayormente desconocidos por las historias literarias —dato que concuerda con lo observado por Márcia Abreu para el caso brasileño—, preeminencia que cuestiona presupuestos largamente extendidos acerca de la recepción y los hábitos de lectura de la época y, por el otro, el hecho de que la mayoría de estos nombres —incluso los más “reconocidos” como Sue, Dumas, Balzac— responde a un tipo particular de escritor, el escritor-folletinista, o publicista-periodista, y a un determinado momento histórico del largo proceso de “autonomización” literaria, lo que debiera a su vez llamar la atención respecto de la singular amalgama que mencionamos al inicio entre género y armazón editorial, formato y soporte, escritura y condiciones materiales de producción.

<sup>30</sup> En efecto, en el primer número del periódico parisino, en la sección del *feuilleton*, los redactores se apresuraban a dar a conocer los nombres de los futuros colaboradores de esa sección específica. David, Gozlan y Viardot figuraban entre ellos, cf. *Le Siècle* (París), núm. 1, 1-vii-1836.



La pesquisa también puede arrojar luz sobre otra zona poco atendida de la producción letrada decimonónica. Me refiero a uno de los aspectos centrales del consumo letrado extendido, aquel que en buena medida explica las concepciones globalizadoras de la literatura del periodo, concepciones que últimamente han vuelto a ser discutidas por el nuevo comparatismo europeo.<sup>31</sup> En este sentido, un dato insoslayable surge del análisis de la prensa sudamericana o latinoamericana: la recurrente aparición, sincrónica, de periódicos extranjeros (la mayoría de las veces europeos) como fuentes primarias para la circulación de literatura. En *El Progreso* aparecen citados, entre otros, los periódicos *Journal des Connaissances Utiles*, *Musée des Familles*, *Gazette des Tribunaux*, *La Colmena*, *Revue de Paris*, *Revue de Deux Mondes* y *Westminster Review*. Además de la preeminencia de la prensa francesa, lo interesante es observar cómo se repiten los mismos títulos no ya entre periódicos de una misma capital o país —en este caso, Santiago de Chile y Valparaíso— sino cómo esa recurrencia prevalece en toda la región y, por ende, cómo mucho del material literario extraído de esas fuentes viene a coincidir, aun sin quererlo, con la oferta de literatura periódica en distintos enclaves de la región. Por tanto, no será extraño encontrar esos mismos títulos en periódicos de Santiago, Valparaíso, Buenos Aires, Montevideo o Río de Janeiro. Los periódicos, así, se transforman en artefacto de comunicación en varios sentidos: funcionan como canal de experimentación letrada, como soportes específicos en la expansión (mundialización) de la literatura y como medios privilegiados en las pujas ideológicas y estéticas del periodo.

Un texto en particular podría servirnos de ejemplo de esa multifunción. En el tomo 7 de la *Revue de Paris* correspondiente al año 1834 se publicó el breve relato de Victor Hugo titulado *Claude Gueux*, considerado por la crítica el antecedente poético de *Les Misérables*, su novela más afamada. Pero antes que eso, *Claude Gueux* formula una inflexión peculiar de la estética romántica, pues ofrece un temprano ejercicio de maridaje entre relato novelesco y crónica policial. En efecto, como se sabe, Hugo tomó los datos principales de la historia —aquellos condensados en la primera entrega, como enseguida veremos— de la *Gazette des Tribunaux*, en cuyas páginas, entre marzo y junio de 1832 se dio a conocer el

<sup>31</sup> Me refiero a los trabajos de Franco Moretti, Pascale Casanova, Christopher Prendergast e Itamar Even-Zohar, entre otros.

enjuiciamiento del obrero llamado Claude Gueux. Esa combinación entre un caso (policial o judicial) o “suceso” y la narrativa ficcional es una instancia constitutiva de un tipo de literatura popular —en el sentido planteado por Botrel— que cobraría gran éxito hacia mediados y fines de la centuria, dentro y fuera de Europa.<sup>32</sup>

Ahora bien, lo que me interesa señalar aquí es el modo en que, en un momento específico, cierto tipo de literatura —del cual el folletín resultaría su mayor exponente— circula y se expande geográficamente. La traducción española de *Claude Gueux* fue publicada de este lado del Atlántico años después en *El Corsario*, uno de los circunstanciales y combativos diarios montevideanos de comienzos de la década de 1840, redactado nada menos que por Juan Bautista Alberdi. Dicho diario fue una de las tantas publicaciones que sostuvo la diatriba opositora a Juan Manuel de Rosas desde Montevideo. No obstante, podían leerse entre sus páginas informes militares —sobre todo aquéllos vinculados a la campaña de Juan Lavalle, el general unitario representante de las fuerzas opositoras al régimen— junto a otras noticias y textos de diverso calibre, entre los que tuvo una presencia destacada la discusión sobre el romanticismo.<sup>33</sup> En ese peculiar contexto de enunciación, en su tercer número *El Corsario* comenzó a publicar el mentado relato de Victor Hugo:

Siete u ocho años ha que vivía en París un jornalero pobre llamado Claudio Gueux, y, junto con él, su querida y un chico hijo suyo. Diré las cosas sin disfraz, dejando que el lector recoja la moralidad de los hechos a medida que yo los vaya refiriendo. El jornalero era un hombre hábil, inteligente, bien tratado por la naturaleza, mas no así por la educación, pues no sabía leer, pero sí pensar. Un invierno faltó el trabajo y con éste pan y fuego en el hogar. El infeliz robó, aunque ignoro, a la verdad, lo que robaría, ni dónde cometió el robo; lo que sí sé es que aquel hurto produjo pan y fuego para la mujer y el chico durante tres días y cinco años de encierro para el jornalero.<sup>34</sup>

<sup>32</sup> Un ejemplo criollo de esa combinación fueron los folletines de Eduardo Gutiérrez. Al respecto, Alejandra Laera dice: “el folletín popular nace en el *fait-divers*”, véase *El tiempo vacío de la ficción*, Buenos Aires, FCE, 2004, pp. 80-88.

<sup>33</sup> Sobre las polémicas del romanticismo en esa plaza, puede consultarse el trabajo de Luis Marcelo Martino, ¿“Guerra de los diarios” o “rencillas de escuela”? *Crónica de una polémica en la prensa uruguaya de 1840*, Tenerife, Universidad de La Laguna, 2012, en DE: <<http://issuu.com/revistalatinadecomunicacion/docs/cal31martino>>.

<sup>34</sup> *El Corsario* (Montevideo), 1840, p. 33. Aquí el texto original: “Il y a sept ou huit ans, un homme nommé Claude Gueux, pauvre ouvrier, vivait à Paris. Il avait avec lui une fille qui était sa maîtresse, et un enfant de cette fille. Je dis les choses comme elles sont, laissant le lecteur ramasser les moralités à mesure que les faits les sèment sur leur

¿Cómo se combina la instancia ideológica de este texto con la circunstancia material de su publicación? ¿Qué elementos pudieron haber incidido en su expansión global a través de la prensa liberal y romántica? En principio, se sabe que el relato de Hugo contiene un fuerte alegato contra la pena de muerte —y, en buena medida, contra el sistema judicial en conjunto. Ese aspecto ya lo vuelve controvertido y, a la vez, sugerente. Por otra parte, en dicha prosa se advierten varias características que irán pautando las producciones de la literatura romántica, en general, y de la folletinesca, en particular: decir o contar “sin disfraz” para dejar al lector extraer sus propias conclusiones deviene una modalidad opuesta o, al menos, diversa a la *utili dulci* de la estética clásica, en la cual predominaba una preceptiva moralizante. La localización —espacial y temporal— también desempeña una función preponderante, pues se trata —en la mayoría de los casos— de historias contemporáneas al lector, que por tanto introducen un marco referencial conocido o posible de serlo. A estas características habría que añadir las formales: relato corto, para ser leído en poco tiempo, cuyo núcleo, como dijimos, es la mezcla entre suceso policial y ficcionalización, y cuya prosa, como se deja ver en la introducción, avanza ligera sobre los hechos sin detenerse demasiado en descripciones ni metacomentarios. A más de pertenecer a la pluma del autor de *Hernani* (1830), todos estos elementos contribuyeron sin duda a una circulación específica: la de la prensa periódica, sobre todo la liberal y romántica, como se infiere de su capitalización en Iberoamérica.

Luego de aparecer en *El Corsario* de Montevideo, el texto de Víctor Hugo fue publicado en mayo de 1842 por *La Gaceta del Comercio* de Valparaíso, uno de los primeros folletines extranjeros aparecidos en Chile, redactado en ese momento por el argentino Demetrio Rodríguez Peña.<sup>35</sup> En efecto, a pesar de la jactanciosa

---

chemin. L'ouvrier était capable, habile, intelligent, fort maltraité par l'éducation, fort bien traité par la nature, ne sachant pas lire et sachant penser. Un hiver, l'ouvrage manqua. Pas de feu ni de pain dans le galeas. L'homme, la fille et l'enfant eurent froid et faim. L'homme vola. Je ne sais ce qu'il vola, je ne sais où il vola. Ce que je sais, c'est que de ce vol il résulta trois jours de pain et de feu pour la femme et pour l'enfant, et cinq ans de prison pour l'homme”, *Revue de Paris*, séptimo tomo (1834), p. 5.

<sup>35</sup> Demetrio y Jacinto Rodríguez Peña participaron activamente en el movimiento literario de la llamada Generación del 37 en Argentina colaborando en *La Moda* de Juan Bautista Alberdi. Luego se exiliaron a Chile y también participaron activamente en el campo letrado chileno. Además de redactar varios periódicos, Demetrio integró distintas asociaciones culturales, entre ellas el Círculo de Amigos de las Letras, dirigido y patrocinado por José Victorino Lastarria. En el contexto de esa asociación escribió

remembranza de Sarmiento respecto de su función de avanzada en ese terreno, lo cierto es que fue *La Gaceta del Comercio*, antes que *El Progreso*, el periódico que publicó al pie de sus páginas los primeros folletines en la prensa chilena.<sup>36</sup> Ésta era un diario comercial, publicado en cuatro páginas a tres columnas, aunque de características singulares en cuanto a la diversificación de la publicidad: desde un inicio guardó la parte inferior para el folletín, dando a conocer allí textos diversos —poesías, memorias, breves relatos—, la mayoría de ellos extraídos de la prensa francesa (*Journal des Débats*, *Revue de Paris*, *Revue des Deux Mondes*), y con una postura crítica ante el gobierno conservador del general Manuel Bulnes. Es decir, fue un periódico —al menos durante sus primeros años— de tendencia más bien liberal que, junto a noticias de los movimientos del puerto, publicaba textos de diversa factura encaminados a promover una crítica liberal y secularizadora.<sup>37</sup> Por todo lo cual, no resulta extraño que el relato de Hugo haya aparecido entre sus páginas —tal aparición, por otra parte, explica también por qué Sarmiento no lo incluyó entre los folletines de *El Progreso*.

El ejemplo de *Claude Gueux* puede insinuarnos algunas primeras conclusiones. En principio, cabe notar que la mancomunidad entre texto y formato no se agota en lo meramente material, sino que remite a un horizonte mayor en el cual determinado tipo de literatura encuentra su canal preferente de circulación en determinado tipo de prensa; así, podrían repensarse las conexiones entre ideologías políticas y estéticas atendiendo a los modos de circulación de los impresos, esto es, las distintas modalidades de comunicación letrada

---

y publicó un largo ensayo sobre la “nacionalidad” de la “literatura chilena”. Véase, de mi autoría, “Un ‘estudio’ olvidado sobre la literatura chilena: Demetrio Rodríguez Peña y su discurso en el Círculo de Amigos de las Letras”, *Revista Chilena de Literatura* (Universidad de Chile), núm. 81 (abril de 2012), pp. 161-180.

<sup>36</sup> El primer texto de la sección “Folletín”, aparecido en el núm. 83 del 11 de mayo de 1842, llevaba por título “Visita del poeta Lamartine a lady Esther Stanhope” y era un extracto de *Viaje a Oriente* de Lamartine —se publicó corrido hasta el número 86.

<sup>37</sup> Lo redactaron Demetrio Rodríguez Peña, Juan José Cárdenas y Juan Nepomuceno Espejo. Este último participó, a su vez, en dos de las publicaciones liberales más radicales de esos años en Chile: *El Crepúsculo* (1843) y *El Siglo* (1844-1845). La orientación liberal y, al menos, neutral de *La Gaceta del Comercio* respecto del gobierno llevó a que la administración Bulnes le quitara la suscripción oficial otorgada a todos los periódicos importantes: en su número correspondiente al 23 de abril de 1845, *La Gaceta* publicó el edicto del ministro Montt, antecediéndolo con palabras destacadas que decían lo siguiente: “Se suspende la suscripción a la GACETA porque no ha servido a los intereses del ministerio. ¡Que viva el liberalismo del Gobierno! ¡Que viva la libertad de Imprenta!”, *La Gaceta del Comercio* (Valparaíso), núm. 993, 23-iv-1845.

propulsadas por el derrumbamiento de lo que Roger Chartier llamó “antiguo régimen tipográfico”.<sup>38</sup> El tipo de los *varia*, que nutre una parte importante de esta literatura, parece indicar asimismo una combinación específica entre saberes todavía en formación (o en proceso de “autonomización”), combinación que se aproxima a una de las tendencias estéticas dominantes del siglo XIX, el realismo. Y aquí quisiera introducir, ya para finalizar, algunos de los argumentos expuestos por Ian Watt en *The rise of the novel*, estudio publicado por primera vez en 1957, en el momento en que Lucien Febvre y Henri-Jean Martin lanzaban *L'apparition du livre*.<sup>39</sup>

Watt escruta minuciosamente los cambios sociales y económicos acaecidos a comienzos y mediados del siglo XVIII, entre los cuales se destacan el tiempo de ocio provisto por la industria manufacturera y el crecimiento, en consecuencia, de un tipo de público lector burgués inclinado menos a la literatura clásica y consagrada y más a la literatura de entretenimiento.<sup>40</sup> Ante ese público, la prensa supo ofrecer un camino seguro de intercambio (en ello se basa, vale recordarlo, el análisis de Watt: las historias de Henry Fielding, Samuel Richardson y Daniel Defoe así lo muestran). A comienzos o mediados del siglo XVIII, nos dice el crítico inglés, el redactor de un periódico era un avezado engarzador de intereses —de tramas, *plots*. A tal punto, que Thomas Babington Macaulay —el historiador y político liberal británico— pensaba que si Joseph Addison, a la sazón redactor de *The Spectator*, hubiera escrito una novela ésta habría sido “superior a cualquiera de las que poseemos”; mientras que el filósofo inglés Thomas H. Green describió a *The Spectator* como “el primer y mejor representante de ese estilo especial de

<sup>38</sup> Cf. Roger Chartier, *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*, Madrid, Alianza, 1994. En uno de los cruces epistolares más ríspidos entre Juan María Gutiérrez y Florencio Varela —vinculado con los discursos del Salón del 37 en Buenos Aires—, asistimos a una disputa generacional que demuestra, antes que la previsible controversia en torno a modelos y autoridades literarias, la emergencia de una nueva concepción de las prácticas letradas de la época. En su airada respuesta a las objeciones de Varela, Gutiérrez, en efecto, acusaba: “También está mal con que se imprima: no señor, se deben *gustar* las luces en la conversación, en la tertulia de malilla, en el café; pero para el pueblo nada”, Ernesto Morales, ed., *Epistolario de Juan María Gutiérrez*, Buenos Aires, Instituto Cultural Joaquín V. González, 1942, p. 22. Bajo la clásica idea de expandir las luces, el amigo y futuro biógrafo de Esteban Echeverría estaba sin embargo cuestionando esas competencias al vituperar el modelo tertuliano de “gustar” las letras por parte de un sector, el más tradicional, de la élite.

<sup>39</sup> Watt, *The rise of the novel* [n. 20].

<sup>40</sup> Watt señala el incremento de “those who desired an easier form of literary entertainment, even if it had little prestige among the literati”, *ibid.*, p. 47.

literatura —la única literatura verdaderamente popular de nuestro tiempo— que consiste en hablarle al público sobre sí mismo”.<sup>41</sup>

En esa proximidad reside la matriz de la novelística moderna (y, en buena medida, también del folletín). La novela difería de la narrativa anterior porque describía escenas de la vida cotidiana con un realismo inaudito y porque parecía hablarle directamente al lector. O como lo dirá Justo Arteaga Alemparte en 1859 al evaluar la narrativa de Alberto Blest Gana: “Todas las figuras que dibuja en sus cuadros no tienen un pie, ni una pulgada más que cualquiera de los vecinos de nuestra buena capital: cuanto les rodea es prosa. El mundo en que viven, los círculos que frecuentan son los mismos que frecuentas, tú lector, y yo”.<sup>42</sup>

### *A modo de conclusión*

EN la primera de nuestras citas, correspondiente al folletín *A filha do negociante* del *Jornal do Commercio*, se ofrecía al lector un “romance de la vida privada” tan conmovedor y potente que había producido las mismas lágrimas a lectores de España, Inglaterra y Francia. Podría pensarse que se trata de un proceso de expansión global de determinados parámetros estéticos, ideológicos —como ocurría también con *Claude Gueux* de Victor Hugo—, a la vez que de un complejo proceso de expansión de la *literacy* que tiene, en su centro, la consolidación de la burguesía como agente de consumo popular de la literatura. Tal como pretenden los mediadores culturales que aparecen en la prensa de la época, en términos estéticos esa abstracta “mundialización” puede leerse, y así ha sido leída, como un desajuste entre ideas y contextos (p.e. Schwarz), como la contraparte simbólica de la producción formal globalizada (p.e. Moretti), o como una mera trasposición o copia de un formato cristalizado (como ha sido discutido coetáneamente, p. e. Blest Gana).

---

<sup>41</sup> Cf. *ibid.*, p. 53. La traducción es mía.

<sup>42</sup> *La Semana* (Montevideo), núm. 14, 20 de agosto de 1859. La implicación material de la prensa se extiende, desde un inicio, al entramado social. Pensemos en Blest Gana y sus crónicas de salón. O en Samuel Richardson, autor de la famosa novela epistolar *Pamela, o la virtud recobrada* (*Pamela, or Virtue Rewarded*) (1740), que es el ejemplo paradigmático que nos ofrece Watt: “En virtud de sus múltiples contactos con la impresión, la venta de libros y la prensa, Defoe y Richardson estaban en contacto muy directo con los nuevos intereses y las nuevas capacidades del público lector”, Watt, *The rise of the novel* [n. 20], p. 61. La traducción es mía.

En cualquier caso, el fenómeno de la “mundialización” responde a otra notoria mancomunidad: no ya entre texto y formato, sino entre capitalismo y lectura, o entre industria editorial y expansión de la *literacy*, relación en la que el periódico, pero sobre todo el folletín como uno de los géneros principales de un tipo de literatura en formación, cumplió una función decisiva que no debe ser subestimada. Para dar un solo ejemplo: en marzo de 1843 el periódico francés *Le Constitutionnel* poseía 3 428 suscriptores; aumentó esa cifra a 16 000 en agosto de 1844, y trepó a 25 000 suscriptores en enero de 1845. El gran aumento de las ventas coincidió con la publicación por entregas de *El judío errante* de Eugène Sue: del 25 de junio de 1844 al 26 de agosto de 1845.<sup>43</sup>

De lo tratado en este trabajo se infieren al menos dos puntos descollantes. Por un lado, podría afirmarse que las relaciones entre escritura y capital o entre lectura y mercado durante gran parte del siglo XIX posiblemente nos digan más acerca de determinadas formaciones literarias —como la novela, por ejemplo, cuyas teorías aún permanecen ajenas a estas cuestiones— que las teorizaciones o reflexiones alrededor de los “grandes nombres”. Por el otro, en estricta consonancia con lo anterior, habría que repensar ese proceso formativo recurriendo al principal soporte y medio de experimentación y circulación editorial de la época, esto es, la prensa periódica —y sus productos señeros, como el folletín—, en donde la relación entre demanda lectora y oferta literaria puede palpase de manera más precisa y en donde, en consecuencia, la construcción de autoría encuentra sus mecanismos históricos y su lógica fundamental. En ese sentido, una historia de las prácticas de lectura —y de escritura— vinculadas a las no tan efímeras páginas de un periódico está aún por hacerse.

---

<sup>43</sup> Véase Maria Adamowicz-Hariasz, “From the opinion to the information: the *roman-feuilleton* and the transformation of the nineteenth-century French press”, en Dean de la Motte y Jeannene M. Przyblyski, eds., *Making the news: modernity & the mass press in nineteenth-century France*, Amherst, University of Massachusetts Press, 1999, pp. 160-184.



BIBLIOGRAFÍA

- Abreu, Márcia, “El gusto de los lectores: la recepción de novelas como problema para la historia literaria (Río de Janeiro, primera mitad del siglo XIX)”, *Orbis Tertius* (UNLP), vol. XVII, núm. 18 (2012).
- Adamowicz-Hariasz, Maria, “From the opinion to the information: the *roman-feuilleton* and the transformation of the nineteenth-century French press”, en Dean de la Motte y Jeannene M. Przyblyski, eds., *Making the news: modernity & the mass press in nineteenth-century France*, Amherst, University of Massachusetts Press, 1999, pp. 160-184.
- Barthes, Roland, “Estructura del ‘suceso’” (1962), en *id.*, *Ensayos críticos*, Buenos Aires, Seix Barral, 2003, pp. 259-272.
- Botrel, Jean-François, “Narrativa y lecturas del pueblo en la España del siglo XIX”, *Cuadernos Hispanoamericanos* (AECL), núm. 516 (junio de 1993), pp. 69-91.
- Chartier, Roger, *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*, Madrid, Alianza, 1994.
- Cornejo Polar, Antonio, “La literatura hispanoamericana del siglo XIX: continuidad y ruptura (hipótesis a partir del caso andino)”, en Beatriz González-Stephan, Gabriel Lasarte, Graciela Montaldo y María Julia Daroqui, comps., *Esplendores y miserias del siglo XIX: cultura y sociedad en América Latina*, Caracas, Monte Ávila, 1995, pp. 11-23.
- Darnton, Robert, *Edición y subversión: literatura clandestina en el Antiguo Régimen*, México, FCE, 2003.
- Goldgel Carballo, Víctor, “Caleidoscopios del saber: el deseo de variedad en las letras latinoamericanas del siglo XIX”, *Estudios. Revista de Investigaciones Literarias y Culturales* (Caracas, Universidad Simón Bolívar), vol. 18, núm. 36 (julio-diciembre de 2010).
- Heineberg, Ilana, *Formation du roman-feuilleton brésilien à partir des quotidiens* *Jornal do Commercio*, *Diário do Rio de Janeiro* et *Correio Mercantil* (1839-1870), Paris, Université de la Sorbonne Nouvelle-Paris III, 2004, tesis doctoral, en DE: <[http://www.caminhosdoromance.iel.unicamp.br/estudos/teses/pdfs/ilana\\_these.pdf](http://www.caminhosdoromance.iel.unicamp.br/estudos/teses/pdfs/ilana_these.pdf)>.
- Laera, Alejandra, *El tiempo vacío de la ficción*, Buenos Aires, FCE, 2004.
- Machado, Ubiratan, *A vida literária no Brasil durante o romantismo*, Río de Janeiro, EDUERJ, 2001, p. 44.
- Martin, Henri-Jean, *The History and power of writing* (1988), Lydia G. Cochrane, trad. del francés, Chicago, The University of Chicago Press, 1994.
- Meyer, Marlyse, *Folhetim: uma história*, São Paulo, Companhia das Letras, 1996.
- Pas, Hernán, *Sarmiento, redactor y publicista: con textos recobrados de El Progreso (1842-1845) y La Crónica (1849-1850)*, Santa Fe, UNL, 2013.
- Sainte-Beuve, Charles A., “De la littérature industrielle”, *Revue des Deux Mondes* (Paris), cuarta serie, tomo XIX (1 de julio de 1839), pp. 675-691.

Sgard, Jean, “La multiplication des périodiques”, en Roger Chartier y Henri-Jean Martin, dirs., *Histoire de l'édition française*, II. *Le livre triomphant, 1660-1830*, París, Fayard/Promodis, 1990, pp. 246-255.

Silva Beauregard, Paulette, *Las tramas de los lectores: estrategias de la modernización cultural en Venezuela (siglo XIX)*, Caracas, Fundación para la Cultura Urbana, 2007.

Periódicos:

*El Corsario* (Montevideo), 1840

*El Nacional* (Montevideo), 1840

*El Progreso* (Santiago de Chile), 1842-1845

*Jornal do Commercio* (Río de Janeiro), 1839

*La Gaceta del Comercio* (Valparaíso), 1842-1843

*Le Siècle* (París), 1836-1838

*La Presse* (París), 1836-1838

*Revue des Deux Mondes* (París), 1839

*Revue de Paris* (París), 1834

RESUMEN

Las relaciones entre prensa y literatura durante el siglo XIX han sido abordadas en general desde determinados presupuestos valorativos. Así, la distinción ilustrada y decimonónica entre prensa (“diarismo”) y literatura (“bellas artes”) ha permeado subrepticamente los abordajes tradicionales del problema, manteniendo una lógica dual y jerarquizante que termina por opacar las posibilidades de análisis. En ese marco, el folletín, producto ejemplar del impreso periódico, ha sido visto como un género menor, como sub o paraliteratura, desprestigiado por tanto para el análisis de prácticas de lectura y escritura. Últimamente, algunos trabajos comenzaron a revisar esos presupuestos desde una perspectiva culturalista que se esfuerza por recuperar los contextos de producción. En esa línea, nos proponemos aquí bosquejar algunas hipótesis críticas en torno de las relaciones entre prensa y literatura en un periodo previo a la efectiva expansión y profesionalización de sus técnicas y discursos, revisando para ello algunos periódicos del Río de la Plata, Chile y Brasil.

*Palabras clave:* literatura y prensa periódica siglo XIX, lectura, novela de folletín.

ABSTRACT

Relationships between press and literature during the 19<sup>th</sup> century are usually approached with a series of presumed values. The Enlightened distinction from the 19<sup>th</sup> century between press (“journalism”) and literature (“fine arts”) has surreptitiously permeated most traditional approaches, preserving a dual and hierarchic logic that ultimately outshines all possibilities of analysis. It is in this context that the *feuilleton* —prototypical product of the periodical press— has been regarded as a minor genre, a sort of subliterate or paraliterature; its reading and writing practices have therefore been dismissed by the analysis. Some studies have recently started to review these theoretical assumptions from a cultural perspective so as to better understand production contexts. Following this trend, the author attempts to outline some critical hypothesis on the relationship between press and literature in a stage previous to the effective expansion and professionalization of its techniques and discourses, examining for this purpose some newspapers of the Río de la Plata, Chile and Brazil.

*Key words:* literature and periodical press 19<sup>th</sup> century, reading, *roman-feuilleton*.